

RÉPLICA: CONSIDERABLE CONSENSO*

Michael Novak

En este artículo Michael Novak se hace cargo de las críticas y comentarios formulados por Anthony Giddens, John Lloyd y Paul Ormerod a su ensayo “La crisis de la socialdemocracia”. Precisa cuáles de ellas corresponden a una interpretación equivocada de sus planteamientos y cuáles obedecen a discrepancias más de fondo con los socialdemócratas. En respuesta a John Lloyd, Novak se refiere al significado del concepto de ‘dependencia’ en el contexto de los programas de asistencia social, aclarando que él no sostiene que todas las formas de asistencia del Estado crean dependencia, ni siquiera que toda clase de dependencia sea malsana. También discre-

MICHAEL NOVAK. Director de estudios sociales y políticos en el American Enterprise Institute, Washington, D.C., donde también ocupa la cátedra George Frederick Jewett de religión y políticas públicas. Su libro más conocido, *The Spirit of Democratic Capitalism* (1982), tuvo enorme influencia en Polonia, Checoslovaquia y, más tarde, en los Estados Unidos durante los años ochenta. A su vez, *The New Consensus on Family and Welfare* (1987), un informe de seminario del cual es el principal autor, ha sido considerado como un estudio decisivo de la reforma de las políticas sociales llevada a cabo en los Estados Unidos. Por la originalidad de su trabajo en el ámbito de la teología y la economía, en 1994 se le otorgó el Premio Templeton al Progreso en el área de la Religión, distinción que recibió en el Palacio de Buckingham. *Estudios Públicos* ha incluido en ediciones anteriores varios de sus artículos; su libro *La ética católica y el espíritu del capitalismo*, fue publicado en castellano, en 1995, por el Centro de Estudios Públicos.

* Respuesta a los comentarios de Anthony Giddens, John Lloyd y Paul Ormerod, los que también se incluyen en esta edición, junto con el propio ensayo de M. Novak que dio origen a los comentarios.

Publicado originalmente en *Is There a Third Way? Essays on the Changing Direction of Socialist Thought. Choice in Welfare* N° 46 (Londres: © The IEA Health and Welfare Unit, 1998). Traducido del inglés por *Estudios Públicos* con la debida autorización.

pa del significado e importancia que tanto Lloyd como Ormerod les atribuyen a las desigualdades sociales y de ingreso. Una preocupación, a juicio de Novak, en parte admirable y en parte peligrosa porque la experiencia indica que se cometen muchos crímenes en nombre de la igualdad. A su vez, responde latamente a dos de las críticas de Giddens, a saber, que su artículo adolecería de la típica nostalgia de la derecha por la familia tradicional, y de que él no tiene en cuenta la situación del 25% más pobre de los Estados Unidos.

Por otro lado, Novak destaca que concuerda con sus comentaristas en una cantidad considerable de temas, lo cual, señala, abre un auspicioso espacio de debate para reencauzar las políticas públicas hacia las nuevas necesidades y situaciones de hoy. Comparte plenamente los cinco principios que propone Giddens para orientar la reforma del Estado benefactor, y piensa que Lloyd tiene razón al decir que la respuesta a los problemas de hoy no es 'más socialismo'. Y, por cierto, coincide con Paul Ormerod cuando éste sostiene que el modo de producción capitalista y no el Estado benefactor ha demostrado ser el mecanismo más importante de justicia social; que hay programas de asistencia social que han contribuido a que muchos pudieran salir de la pobreza, pero que también hay programas que no están funcionando bien y que significan un desperdicio de recursos, así como hay otros aparentemente perjudiciales.

En suma, queda delimitada una área significativa de consenso entre Novak y sus contendores. A su vez, queda planteada una área de estudio: determinar específicamente qué programas de asistencia social son perjudiciales porque generan dependencia, erosionan la responsabilidad personal y desincentivan el esfuerzo y la iniciativa personales. Las diferencias de fondo entre el 'capitalismo democrático' de Novak y el 'nuevo socialismo' tienen que ver con la manera de entender la igualdad.

Permítanme, primero que nada, pedir excusas por aquellas expresiones mías que enardecieron los ánimos y llevaron a adoptar posiciones defensivas. Debo felicitar a los comentaristas por haberlas pasado por alto lo más rápidamente posible y por haber descubierto que compartimos muchos planteamientos. Tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña tendremos que enfrentar problemas bastante serios en los próximos veinte años y para superarlos precisaremos de cooperación y ayuda práctica, y capacidad para prescindir de malentendidos innecesarios.

Por consiguiente, en la presente réplica haré hincapié en los puntos comunes que se desprenden de las opiniones de estos tres buenos críticos y

de las mías, relegando a un segundo plano —pero sin dejar de lado— el resto de nuestras discrepancias. Por ejemplo, me agradó especialmente que Paul Ormerod me regañara porque soy “demasiado pesimista con respecto a la fuerza y capacidad de reacción del capitalismo” (p. 60). Pienso igual que él acerca de Adam Smith, y acostumbro citar la conclusión a que llegan muchos estudiosos, en el sentido de que el propio Smith esbozó al menos una veintena de diferentes tipos de intervención del Estado para mejorar el orden social. En realidad, al leer a Smith se fortaleció mi intuición original: de que la sociedad libre no puede concebirse únicamente como una economía libre, puesto que la economía libre depende en importante medida de la organización política y de la cultura que la rodean.

Sin embargo, cuando en los Estados Unidos he sostenido que la socialdemocracia es una variante del capitalismo democrático —que ambos son especies del mismo género, quizá incluso parientes que se complementan—, a menudo he sido censurado por los socialdemócratas. Es posible que en Gran Bretaña las divisiones ideológicas sean más profundas y nítidas, de tal modo que un ajuste pragmático resulte menos amenazador, mientras que en los Estados Unidos los que están lo bastante a la izquierda como para llamarse socialdemócratas (en vez de simplemente demócratas o incluso liberales) sienten la vehemente necesidad de no ser reconocidos como capitalistas, cualquiera que sea su cepa.

En todo caso, Paul Ormerod expone tan bien mi propia convicción que me deja atónito: “Paradójicamente, lo que ha demostrado ser el mecanismo más importante de justicia social es el modo de producción capitalista y no el concepto de socialdemocracia. La capacidad del capitalismo de generar un crecimiento lento pero sostenido es lo que ha mejorado las condiciones de vida de las personas, ha permitido afrontar el costo del Estado benefactor y ha liberado a muchos millones de personas de una vida de penurias y fatigas incesantes”. Viniendo de un socialdemócrata, ésta es una apreciación en extremo generosa, y también lo es la que agrega en el párrafo siguiente: “Los programas abiertamente socialdemócratas destinados a promover la justicia social han tenido un efecto de segundo orden de importancia si se compara con la repercusión del crecimiento económico” (p. 61).

Cuando yo mismo llegué a estas conclusiones, tras revisar parte de la evidencia que ofrece la historia económica y social (que no es mi principal especialidad), me tildaron de ‘neoconservador’, apelativo al que me resistí durante años hasta rendirme ante algo que no podía impedir. Si en Gran Bretaña se puede ser socialdemócrata y al mismo tiempo pensar como Ormerod (y evidentemente así es), quiere decir que estamos mucho más próximos a marchar al mismo compás que hace diez o veinte años.

La socialdemocracia como profesión de fe

No niego que hay diferencias entre los socialdemócratas y los que yo he denominado capitalistas democráticos. Cuando Ormerod cita a Adam Smith como uno de nuestros modelos, estoy de acuerdo con él. Pero cuando acto seguido habla de “la concepción socialdemócrata del ser humano”, me suena más como religión —una concepción del hombre— que como política social. Me agradan mucho los debates filosóficos y religiosos y me gustaría leer algo más acerca de esta ‘concepción’ filosófica¹. Posiblemente ése sea el elemento que le imparte a la socialdemocracia una especie de trascendencia que la coloca fuera del alcance de cualquiera prueba empírica —una concepción que históricamente deja enorme margen para el ensayo y el error, para comenzar y revisar, para partidas falsas y orientaciones nuevas. Los socialdemócratas rara vez tienen que decir que estaban equivocados; confiados en sus buenas intenciones, simplemente giran en una nueva dirección. Al menos, así parece. Sería bueno discutir la relación que hay entre la ‘concepción’ y la práctica.

En cambio, el capitalismo democrático tal vez sea menos poético². Capitalista democrático es aquel que, proveniente de una u otra de las muchas concepciones filosóficas o tradiciones religiosas, se ha comprometido con tres conjuntos interdependientes de instituciones o sistemas: una *organización política democrática* (gobierno limitado bajo el imperio del derecho, protección de los derechos, controles y equilibrios, etc.); una *economía capitalista* (que hace mayor hincapié en la iniciativa y en la inventiva que en los tres rasgos precapitalistas: mercados, propiedad privada y acumulación), y una *cultura que nutre las costumbres*, sociales e individuales, requeridas por las sociedades libres.

En este respecto, el capitalismo democrático no tiene tantos rasgos de credo religioso como la socialdemocracia. El propio término no designa ‘una concepción del ser humano’ como parece hacerlo la socialdemocracia.

¹ Cabe preguntarse si, en su esencia, esta ‘concepción’ de la socialdemocracia es algo tan sencillo como esto: ‘La socialdemocracia es la convicción de que el gobierno es un mecanismo decisivo para mejorar en numerosos aspectos la vida de los ciudadanos; debe haber una base de apoyo generosa por debajo de la cual el gobierno no permita que nadie pueda caer; dentro de lo posible, habría que equiparar las posibilidades de vida y el patrimonio habilitador de la ciudadanía (o en el peor de los casos corregir las desigualdades manifiestas); y quizá otras características’. ¿Pero alcanzan a ser estos principios una ‘concepción del ser humano’? La frase parece calar más hondo que esta simple enumeración de convicciones.

² En *The Spirit of Democratic Capitalism* (1991) traté de explicar detalladamente cuáles son los ideales y los supuestos filosóficos del capitalismo democrático. Asimismo, en “The Constitution of Liberty”, en el capítulo diez de *Will It Liberate? Questions about Liberation Theology* (segunda edición revisada, 1991), hice un esbozo filosófico al respecto. Acogería con agrado un debate puramente filosófico —concepción contra concepción— que tratara de esclarecer y comparar ambas posiciones contradictorias o, quizás, medio hermanas.

Más bien, designa un conjunto de instituciones que, probadas y corregidas en el tiempo, parecen ser necesarias a una sociedad que aspira a ser libre y permanecer libre. (Tal vez sería mejor decir que designa una gama de instituciones, puesto que el capitalismo democrático permite una amplia variedad de órdenes y estructuras; al parecer, no hay dos sistemas capitalistas democráticos iguales.) Peter Berger ha mostrado que la economía capitalista es condición necesaria de la democracia —necesaria aunque no suficiente—; pero lo contrario, como bien señala Paul Ormerod, no es efectivo³.

Con todo, si tuviera que nombrar un aspecto que parece diferenciar a los socialdemócratas de los capitalistas democráticos, sería el significado y la importancia que unos y otros atribuyen a la igualdad. Debo dejar a los socialdemócratas la responsabilidad de explicar lo que quieren decir cuando hablan de igualdad, y qué límites le atribuyen. Por mi parte, permítaseme expresar mis propias reservas. Es evidente que la ‘igualdad ante la ley’, la ‘igualdad de condición’ (ausencia de privilegios por nacimiento o situación) y la ‘igualdad de oportunidades’ (en el sentido de oportunidades amplias y accesibles para los que se encuentran en los tramos inferiores) son requisitos necesarios de una sociedad libre y buena. Cuando, en el contexto de una guerra para abolir la esclavitud, Abraham Lincoln se refirió en Gettysburg a “una nación concebida en libertad y consagrada a la proposición de que todos los hombres nacen iguales”, expresó convicciones a la vez religiosas y republicanas que todos compartimos. Estos ideales no se dan simplemente en un marco histórico; hay que materializarlos con sangre y lágrimas. Así pues, sin duda, en algunos sentidos la igualdad es un ideal adecuado, bello y ansiado. Sin embargo, la idea también encierra peligros y hay advertencias a las que se debe prestar atención.

Tocqueville previno que, impulsada por el poder de las mayorías, la idea de igualdad, como una contradicción en el corazón de la democracia, tiende a ahogar la idea de libertad. Madison habló de la “perversa pasión” por la igualdad. En síntesis, la experiencia nos indica que se cometen muchos crímenes en nombre de la igualdad. Como sentimiento social, la envidia a menudo es más destructiva que el odio, porque todo el mundo reconoce que el odio es perverso, mientras que la envidia rara vez se conoce por su nombre y prefiere disfrazarse con términos más nobles, incluidos los de igualdad y justicia. ¿Cómo puede uno distinguir entre el verdadero amor por la igualdad y la envidia?

Por lo que a mí respecta, un método práctico es el siguiente: tratar de mejorar las condiciones de vida de los pobres tiene un status moral

³ P. L. Berger, *The Capitalist Revolution* (1986), capítulo 4.

superior a tratar de aplastar a los ricos. Es probable que el primer impulso provenga de una generosidad creadora y de un admirable amor por la igualdad; pero el segundo nace de la envidia, la ira y el espíritu destructor. Algunas veces, por cierto, los ricos se comportan en forma injustamente cruel y con tal desprecio por la situación de los pobres, que brota un grito de venganza de nuestras gargantas como si fuera la voz de la propia justicia. Es posible que en algunos casos sea así. Con todo, particularmente en las sociedades que tienen una tradición histórica de divisiones hereditarias de clases, resulta muy fácil pensar que la riqueza adquirida mediante los negocios es la causa de la miseria de los pobres, y que 'ser rico' en las sociedades capitalistas equivale a haber nacido con un título nobiliario.

Pero muchos de los que se han enriquecido gracias a los negocios nacieron pobres, y tantos otros distan de ser aristócratas. Y, más que eso, las empresas que ellos han creado ayudan también a otros a salir de la pobreza. La desigualdad no es tanto un problema como una situación natural, pero la falta de medios de subsistencia que aseguren una vida digna *sí es* un problema humano y está dentro de nuestras posibilidades aliviarla. Lo más probable es que esta falta pueda subsanarse creando mayores oportunidades de empleo a todo nivel, especialmente para los pobres, y no mediante medidas redistributivas. También es importante educar a los jóvenes de bajos ingresos, a fin de que puedan aprovechar las oportunidades.

Es más, de ninguna manera puede ser un problema social que haya una cantidad excesiva de personas que crean industrias nuevas, productos nuevos, servicios nuevos, riqueza nueva y empleos nuevos. Necesitamos más y no menos actividades económicas como las que realizan estas personas, en todos los niveles sociales.

De diversas maneras, mis tres críticos concuerdan en que las necesidades de los pobres no pueden satisfacerse plenamente mediante la 'redistribución' a partir de los ricos. Además, debemos crear condiciones en virtud de las cuales un número considerablemente mayor de pobres de cada una de nuestras sociedades puedan, si lo desean, adquirir las destrezas y encontrar los medios para salir de la pobreza, como lo han hecho muchos en las últimas tres generaciones. Algunas de las instituciones y programas del Estado benefactor han contribuido a este éxito. Por otra parte, algunos programas parecen estar dando tumbos y desperdiciando recursos; y hay otros aparentemente perjudiciales. Sin excepción, mis críticos concuerdan en que a la luz de las nuevas situaciones y nuevas necesidades, así como de la experiencia recogida, hay que reexaminar y repensar las funciones que ha asumido el Estado benefactor desde 1945.

Paul Ormerod atribuye mucha importancia, como corresponde, a los cuadros que muestran las tasas de crecimiento anual registradas entre 1900

y 1997 en los Estados Unidos y en varios países clave de Europa. A mi juicio, en algunos casos estas cifras indicarían lo contrario de lo que él piensa, pero como no soy economista, no me queda más remedio que aceptar provisionalmente su interpretación. El propio Ormerod ha agregado algunos alcances necesarios: en 1900, las condiciones de vida en los Estados Unidos ya habían mejorado. Así pues, aunque en general las tasas de crecimiento anual de varios países europeos han sido superiores —particularmente en los años posteriores a la devastación que trajo consigo la Segunda Guerra Mundial—, la posición relativa se ha mantenido casi constante. Sólo desearía agregar que en una economía de tamaño continental, como la de los Estados Unidos, a partir de cierto punto es más difícil mantener el incremento de la tasa de crecimiento. No obstante, puesto que la base es ahora mucho más amplia, cada pequeña medida de crecimiento significa que el país en su conjunto se ha enriquecido en forma apreciable. Un crecimiento anual de 2% en una economía de 7 billones significa 140 mil millones al año, esto es, un tercio del PIB de toda Alemania.

Con todo, la premisa principal de Ormerod es que sociedades más socialdemócratas que los Estados Unidos han registrado tasas de crecimiento anual superiores a las de EE. UU., de manera que debo cuidar de reconocerlo debidamente. También debo tener cuidado en no vincular la innovación exclusivamente con los Estados Unidos. Sin embargo, en un sentido creo tener razón al sostener que los Estados Unidos tienen una cultura muy fuerte en materia de invención, de descubrimiento, de afrontar riesgos y, lo que es igualmente importante, la costumbre tan generalizada de invertir capital en empresas nuevas, lo que hace mucho más fácil que se apliquen tecnologías nuevas. Casi la mitad del capital de riesgo del mundo está invertido en los Estados Unidos, y la inversión en empresas nuevas (más que en empresas establecidas) también es proporcionalmente mucho mayor en EE. UU. que en todos los demás países. Desde luego, esta costumbre tiene sus costos, ya que la ‘destrucción creadora’ de Schumpeter es una espada de doble filo.

Ormerod también destaca otros tres elementos que respaldan mi análisis. Primero, las empresas europeas enfrentan obstáculos para ser rentables mucho más serios que las empresas estadounidenses. Segundo, “el incentivo para innovar y expandirse es menor en Europa”. Tercero, para mantener el pleno empleo, los europeos necesitan tasas más altas de aumento de puestos de trabajo que los Estados Unidos. Ormerod atribuye esta necesidad al hecho de que en Europa la productividad es mayor. Tal vez sea así, pero esta afirmación, a alguien como yo que no es economista, le parece sospechosa. Como señala John Lloyd, en Italia el exceso de personal en el sector privado es un problema endémico; pero también lo es la economía

oculta del segundo empleo. Además, a los ojos de las empresas estadounidenses, la reglamentación laboral europea es deplorablemente ineficiente; a los administradores estadounidenses les toma tiempo acostumbrarse a ella.

Dependencia y conductas pre-morales

No es difícil concordar con John Lloyd en que lo que se propuso el Primer Ministro Prodi al reencauzar a la izquierda italiana es digno de encomio. Sin embargo, parece prematuro cantar victoria. Hay muchas crisis al acecho. Y muchos izquierdistas italianos que aún se resisten al cambio. Demasiados jóvenes italianos instruidos e inteligentes se ven obligados a abandonar el clima templado y la buena comida de Italia para buscar trabajo en el extranjero. Italia no ha tenido a un Reagan ni a una Thatcher —y ni siquiera un gran partido que pueda producirlos. Si fuese cierto que sólo los partidos de izquierda pueden reformar el Estado benefactor, también lo es que el pensamiento socialdemócrata abriga, desde hace mucho tiempo, el oculto recelo de que un partido de centroderecha sea capaz de ofrecer oportunidades de crecimiento.

Como buenos científicos sociales, todos los autores que comentaron mi trabajo sospechan de las parábolas y de las anécdotas, pero encuentro muy útiles las pequeñas historias que incluyen en sus propias reseñas. Si se me permite generalizar esta observación, los cuadros estadísticos en comparaciones transculturales sólo ilustran hasta cierto punto; un extranjero necesita un poco de ayuda para poder captar una forma de vida desde adentro, y esto puede hacerlo en parte una buena parábola⁴. Así pues, cuando John Lloyd dice que: “Aquellos que nacimos poco después de la guerra en familias de bajos ingresos para las cuales el Estado benefactor representó un puntal que les permitió cuidar a sus ancianos enfermos y educar a su prole, además de proporcionarles un colchón protector para hacer frente a las pruebas más duras de la vida [...]” (p. 43), me obliga a reconocerlo y a simpatizar con él; me hace recordar mis propios años de juventud. Lloyd expresa sin tapujos que la socialdemocracia y la asistencia social no son meras abstracciones, sino parte de la estructura de su vida, de sus recuerdos y de sus esperanzas.

Entretanto Lloyd, generosamente, señala a la atención los aspectos en que concordamos, tanto acerca de las nuevas propuestas que hay que estudiar seriamente (el impuesto proporcional, la capitalización de las pen-

⁴ La sutileza de Lloyd acerca de la apuesta durante la cena revela el tipo de diferencia cultural que hay que superar. Cuando se hizo la apuesta, el índice Dow estaba en 6.500; antes de un año se había elevado a 9.200 (2.700 puntos). Faltando 30 meses para que se cumpla el plazo, ya no parece improbable que se eleve otros 1.800 puntos.

siones, las cuentas de ahorro para gastos médicos), como de algunas enseñanzas extraídas de la experiencia de los últimos cuarenta años (que los impuestos tienen límites; que no es posible mantener las pensiones en sus niveles actuales; que es preciso reestructurar radicalmente el Estado benefactor; que una gran proporción de la asistencia social parece estar mal orientada, y que la estructura social de la sociedad se está desgastando y desgarrando).

Ahora bien, Lloyd reconoce que la solución ‘automática’ que ofrecía la izquierda en el pasado ya no da resultados —aquella de “‘más socialismo’, con lo cual se quería decir impuestos más altos para los más ricos, propiedad fiscal, planificación estatal y sindicatos poderosos”. Por mi parte, reconozco sin reservas que el libre mercado por sí solo no es suficiente, y que en nuestros días casi siempre se necesita algún sistema de asistencia social. Suele decirse que Ronald Reagan legitimó el Estado benefactor para los conservadores —un Estado benefactor reformado y limitado, sin duda, pero no abandonado. Lloyd tiene razón: “Lo que enfrentamos no es una elección entre tener o no asistencia social, sino entre distintas formas de servicios sociales” (p. 46).

Hasta cierto punto, puedo aceptar casi todos los principales argumentos que figuran en los últimos diez o doce párrafos de Lloyd, aunque probablemente si entrara en mayores detalles nuestras divergencias saltarían a la vista. Por ejemplo, disfruté de su parábola sobre la reforma del sistema escolar y me inclino a reconocer que el principio de la subsidiariedad opera en ambos sentidos: a veces es ventajoso que intervenga una entidad superior, otras que opere el organismo local. El problema estriba en cómo impedir que uno incapacite al otro.

Además, yo no afirmo, como él sostiene, que todas las formas de asistencia del Estado crean dependencia, ni siquiera que toda forma de dependencia es malsana. Cuando yo era joven, dependía de mis padres, y cuando sea viejo dependeré (espero que no demasiado) de mis hijos y de la seguridad social. Para muchas cosas, dependo del gobierno y de muchas otras instituciones, desde becas y préstamos hasta bienes o servicios subvencionados. Algunas formas de dependencia son naturales, saludables y ventajosas; por lo general, la posición de total independencia es un artificio y equivale a engañarse a sí mismo.

Sin embargo, discutir sobre la ‘dependencia’ en el contexto de la asistencia social apunta a otra cosa: al hecho de que una pequeña proporción (pero un número apreciable) de adultos sanos no asume las responsabilidades normales de las personas de su condición. Estas personas, en su mayoría jóvenes, no han logrado desarrollarse socialmente; su defecto, al

parecer, no es tanto ‘moral’ sino ‘pre-moral’ —se comportan de una manera que difícilmente alcanza el nivel de lo moral y deliberado. Es como si se permitiera, o se indujera, a una parte importante de la población a vivir en una especie de suspensión pre-moral. (Es lo que quise decir cuando hablé de ‘servidumbre’. En los Estados Unidos, ésta coincide, casi en forma exacta, con los programas de asistencia social iniciados a partir de 1964.)

En este caso, ‘dependencia’ significa que los hijos no pueden contar con ellos; y tampoco sus padres u otras personas que podrían necesitar su ayuda. Además, estos desafortunados eluden las responsabilidades personales, no aprovechan las oportunidades (por ejemplo, de completar su educación) y habitualmente recurren a las arcas fiscales y a los servicios públicos de rescate (para desenredar los líos que a veces arman), y no hacen ningún esfuerzo por contribuir a satisfacer las necesidades públicas. Estas personas parecen esperar todo y no dar nada a cambio. En general, no son muchas, pero en conjunto irrogan muchos gastos al erario y contribuyen en forma desproporcionada al desorden público y a lo que los científicos sociales han denominado ‘patologías sociales’⁵.

En una segunda categoría se sitúan los beneficiarios de prestaciones públicas —jóvenes, sanos y que, en tiempos normales, supuestamente deberían poder valerse por sí mismos—, que al comienzo tal vez reciban ayuda e incluso sean rescatados por los programas sociales, pero que luego parecen convertirse en ‘adictos’ y dependen de esos programas como forma de vida, con lo que se provocan grandes daños a sí mismos y a sus hijos. Al parecer, no es cierto que la asistencia social sólo pueda beneficiar a la gente. Entre las personas que han inmigrado recientemente a los Estados Unidos se corre la voz de que deberían evitar a toda costa la asistencia social, que es una trampa de la cual después podría resultarles difícil escapar.

Como en los últimos veinte años los Estados Unidos han recibido más inmigrantes que en cualquier decenio anterior, salvo dos, la gente en

⁵ John Lloyd señala pérfidamente que los Estados Unidos tienen el cuociente más bajo de prestaciones sociales y el más alto de crímenes violentos. Sin embargo, como reconoce Giddens, los programas de asistencia social en Gran Bretaña están asociados a percepciones y funciones muy distintas de aquéllas de la experiencia estadounidense. Entre el 70 y el 80% de los crímenes violentos que se registran en los Estados Unidos se cometen en zonas en que la asistencia social es elevada, especialmente por muchachos que viven en hogares en que falta el padre. Al superponer un mapa de las zonas de alta delincuencia a otro de las zonas de altas prestaciones sociales de los sectores urbanos, esta correlación se manifiesta con sorprendente claridad. En los últimos años, tras la adopción de medidas para reformar la cultura de las prestaciones sociales y permisividad, se ha reducido de manera espectacular la proporción de crímenes violentos: por ejemplo, en la ciudad de Nueva York los homicidios han bajado de más de dos mil al año a menos de 800. Los europeos atribuyen la delincuencia en los Estados Unidos a la relativa falta de asistencia social; los estadounidenses, en cambio, la vinculan con las zonas en que los programas de asistencia social son prácticamente generalizados.

general ha aprendido a distinguir claramente entre la pobreza (que durante un tiempo comparten todos los inmigrantes), que es transitoria, y una dependencia que cala mucho más hondo en el comportamiento. Desde el punto de vista monetario, una familia (reciba o no asistencia social) puede ser muy pobre y, a la vez, estar en vías de abandonar la pobreza. Sus vecinos de mejor situación económica, en cambio, quizás estén atrapados en conductas personales que son presagio de futuras aflicciones (drogas, alcohol, evasión del trabajo, hijos fuera del matrimonio, deserción escolar, conductas delictuales).

Otro ejemplo: alrededor del 70% de las mujeres que acaban de separarse o divorciarse y que recurren a la asistencia social en el momento de la crisis encuentra empleo y en el plazo de dos años deja de recibir ayuda social. Estas mujeres generalmente son mayores y ya han adquirido destrezas útiles. En estos casos, la asistencia social funciona como debe ser: tendiendo una mano donde se necesita. En cambio las mujeres más jóvenes y menos preparadas, especialmente si tuvieron hijos sin haber contraído matrimonio, seguramente han pasado por muchas y largas temporadas en que han subsistido gracias a la asistencia social, y tienen mal pronóstico en lo que respecta a salud, educación y bienestar de sus hijos. En estos casos hay mayor peligro de que, en la práctica, la asistencia social perjudique a quienes se supone debe ayudar.

Las reformas introducidas al sistema de seguridad social en 1996 tienen por objeto romper ‘el ciclo de dependencia’ que describen esos ejemplos y, simultáneamente, seguir proporcionando una red de seguridad a los que se han visto afectados por una desgracia transitoria. Por cierto, los enfermos o discapacitados, o aquellos que de otra manera siempre necesitarán ayuda, la seguirán recibiendo mientras sea necesario. Esperamos con ansiedad los resultados, previstos o no, de estas nuevas reformas que sólo entraron en vigor en el otoño de 1997.

En los últimos párrafos, en lo que respecta a cuestiones tales como ‘deber’, ‘responsabilidad’ y ‘cuidado del comportamiento propio y de la familia’, Lloyd se manifiesta “sin temor a estampar sus pisadas en lo que había sido considerado (no por todos los izquierdistas) como territorio de la derecha” (p. 48). Cabe celebrar el grado de consenso a que se ha llegado en estas materias, y lo felicito por haberlo señalado a nuestra atención. Empero, Lloyd indica que aún persisten algunas diferencias entre la izquierda y la derecha, al menos como tendencias; por ejemplo, la persistente preocupación de la izquierda, como se dijo más arriba, por las desigualdades (preocupación en parte admirable y en parte peligrosa); por generar un “sentido de pertenencia” (en este respecto, la izquierda se asemeja más que

la derecha a una religión), y por pensar que la derecha siempre está atribuyendo la suerte de los pobres a “la venalidad y a los crímenes de los pobres o de los que padecen miseria” (pp. 47 y 49).

En cambio, yo haría hincapié en los siguientes puntos: a menudo se puede ayudar a los pobres mediante programas sociales bien concebidos, particularmente en materia de salud y educación, pero también de alimentación y vivienda e incluso de complementación del ingreso. No hay que ser socialdemócrata para hacer eso. Y tampoco hay que hacerlo en aras de la ‘igualdad’, sino más bien para que todos logren una dignidad básica y tengan oportunidades razonables, para beneficio de la sociedad en su conjunto. ¿Quién puede saber el talento que puede tener dentro de sí un muchacho pobre? Al igual que Lloyd, la mayoría de mis amigos neoconservadores fueron jóvenes pobres y recibieron asistencia social. Por lo general, al menos en los Estados Unidos, estos programas sociales estaban mejor concebidos que aquellos de la Guerra a la Pobreza posteriores a 1964.

¿Quiénes son los pobres?

Por lo que respecta a las acertadas críticas de Anthony Giddens, es poco lo que tengo que decir, en parte porque ya he analizado muchos de sus argumentos y en parte porque en gran medida su comentario es un elegante resumen de los puntos de consenso. En especial, el último párrafo es una joya y bien habría deseado ser el autor. También me agrada el segundo párrafo en que se refiere a la distinta forma en que se percibe el Estado benefactor en Europa y en los Estados Unidos. La ‘diferencia’ es tan grande como él dice —pero mi impresión es que las reflexiones que se han hecho al respecto desde ambos lados del Atlántico, como lo demuestra sorprendentemente este simposio, han acercado mucho nuestras posiciones.

En referencia a una de mis frases que Giddens encuentra “ridículas”, esto es, que “el Estado benefactor nos corrompe”, tal vez una o dos anécdotas adicionales ayuden a esclarecer la idea que quise expresar. En los Estados Unidos, un joven profesor es entrevistado para un empleo. El decano le dice que ciertamente obtendrá el trabajo y que no se sorprenda de que se sigan dando entrevistas, puesto que el departamento debe elaborar un informe de ‘acción afirmativa’ en que se deje constancia de que se han realizado todas las gestiones requeridas con otros candidatos. El mismo profesor es entrevistado en otra universidad y le dicen que el empleo deberán dárselo a una mujer o a un representante de una minoría, pero que de todos modos les gustaría entrevistarle porque ello lucirá bien en los archivos de la universidad.

En los años sesenta, un estudiante de posgrado de la Universidad de Harvard se habría sentido avergonzado de recibir asistencia social —las ayudas no estaban destinadas a favorecer a alumnos de Harvard. En cambio, hoy no es raro encontrarse con jóvenes —incluso estudiantes universitarios— que trabajan alrededor de un año y luego cobran subsidios de cesantía, u otros, mientras ‘descansan’ por un tiempo en las montañas. La actitud es ahora muy diferente: las ayudas son para aprovecharlas.

Para cobrar ciertas asignaciones por discapacidad se requiere de un certificado otorgado por un médico; pero, una vez más, éste tendría que ser un médico de corazón muy duro para negarse a darlo. En los seguros automotores, médicos y de otra índole, es corriente alterar la información. Obtener algo a cambio de nada corrompe profundamente, y yo pensé que me criticarían por generalizar lo obvio. Pero el propio Giddens reconoció de inmediato la idea que yo quería plantear: “Sin embargo, la dependencia de la asistencia social, y el fraude para obtenerla, constituyen una realidad que se ha generalizado en todas las formas del Estado benefactor” (p. 35). Hace mucho señalé que cuando las personas de izquierda están a punto de plantear un argumento que suena de derecha, a menudo comienzan atacando a la derecha para demostrar su buena fe a sus amigos de izquierda.

El profesor Giddens sostiene que en los Estados Unidos “hay una gran cantidad de pobres entre la población activa” y “el 25% más pobre ha visto estancarse sus ingresos en términos reales durante los últimos veinte años”. Tengo conciencia de que esta clase de afirmaciones ha pasado a formar parte del panorama que se proyecta habitualmente, pero hay mucho que lo contradice. Entre los pobres, dos tercios de los jefes de hogar son mujeres, la mitad de ellas viudas y la otra, más que nada, madres con hijos pequeños y padres ausentes. Sólo una pequeña proporción de estas mujeres trabaja a jornada completa todo el año, si es que trabaja. En síntesis, ya no se puede comparar la composición de los pobres con lo que era hace cincuenta e incluso treinta años. En contraste con esa época, actualmente el número de varones jefes de hogar, casados, que tienen trabajos de jornada completa y siguen siendo pobres, es bastante reducido. Por cierto, la proporción de pobres que en 1996 trabajaba con jornada completa todo el año no era ‘grande’; era 2,3%.⁶

Además, el 25% que integra el tramo inferior incluiría a todos los hogares cuyos ingresos fueran de 22 mil dólares o menos (1966). La mayoría de los cálculos de ingresos de los últimos veinte años tienen dos defectos: primero, no toman en cuenta las prestaciones, en especial las de salud,

⁶ *Work Experience During Year by Selected Characteristics and Poverty Status in 1996 of Persons 16 Years Old and Over*, Estados Unidos, Dirección del Censo.

cuyos costos para los empleadores, e importancia para los empleados, han aumentado mucho más rápido que los salarios en las últimas dos décadas. Por esta razón, en los últimos años, gran parte de las negociaciones sindicales se han centrado en las prestaciones y no en los salarios.

Segundo, se ha reconocido ampliamente que la base para medir la inflación y, en consecuencia, el ingreso real, no ha guardado relación con la realidad cambiante, con lo cual se ha sobreestimado la inflación en más de 1% al año. Ambos defectos, combinados, explican por qué el tantas veces afirmado estancamiento no parece coincidir con lo que uno ve con sus propios ojos.

Con todo, como dice Giddens, esta así llamada edad de oro de la economía estadounidense no es un 'éxito total'. El severo brote inflacionario de dos dígitos que se registró durante tres años, de 1979 a 1981, afectó tan profundamente los salarios reales, en especial los de aquellos que viven de un ingreso fijo, que tomó más de diez años de crecimiento real sostenido tan sólo para recuperarse de la pérdida (una pérdida equivalente al casi 50% del poder adquisitivo). Esto es lo que más afectó a quienes se encontraban en el tramo inferior, particularmente a las personas que tenían un ingreso fijo. (En cambio, es probable que el cálculo demasiado generoso de la inflación haya aumentado más de lo debido los ingresos de los que vivían de la seguridad social, cuyas prestaciones se fijan de acuerdo con ese parámetro.)

Ciertamente concuerdo con los distinguos que hace Giddens respecto de la familia, así como con sus advertencias contra la nostalgia. Pero tratándose de la familia, la nostalgia no viene al caso; aquí no estoy defendiendo los valores tradicionales de la familia. (Tampoco estaría tan seguro como Giddens de que en el mundo de hoy, más 'progresista', haya menos violencia familiar que en el pasado.) Más bien lo que quiero destacar es el elevado costo que tienen para el público cambios sociales tan recientes como la generalización del divorcio, la separación, los nacimientos fuera del matrimonio y el embarazo entre las adolescentes. En los Estados Unidos, el segmento de los pobres que aumenta más rápidamente es el que está integrado por los hogares con hijos de padre ausente. (No obstante que esta descripción procura ser neutral, indica una creciente falta de sentido de responsabilidad y comisiones de delitos por parte del varón y no de la mujer.)

Este tema es demasiado delicado y complejo como para analizarlo aquí en forma somera y me permito remitir al lector al estudio mencionado al comienzo de mi artículo*. El pronóstico para una parte importante de los

* M. Novak se refiere a su artículo "La crisis de la socialdemocracia" (que se incluye también en esta edición de *Estudios Públicos*), en el cual se alude al estudio editado por él, *The New Consensus on Family and Welfare* (1987). (N. del E.)

hijos que nacen en hogares de padre ausente no es tan favorable para el bienestar general, ni sus costos insignificantes para las arcas públicas, como el pronóstico para aquellos que nacen en hogares bien constituidos. Cualquiera sean los relativos méritos morales de ambas situaciones, resulta cada vez más evidente, para todos los que examinan los antecedentes, cuál de las dos situaciones es preferible en términos de política social.

Giddens es duro pero justo con varios de mis planteamientos. Señala con razón (como debería haberlo hecho yo) los grandes logros de la socialdemocracia frente a las ruinas dejadas por la Segunda Guerra Mundial, y el gran ‘milagro’ europeo de esa época. Pero cuando escribe ahora acerca de nuestra nueva era, de la “disolución del socialismo y la obsolescencia de la socialdemocracia”, y cuando enumera los cinco principios que deben orientar las tan necesarias reformas del Estado benefactor, expresa con gran maestría lo que yo apenas intentaba decir. No puedo menos que estar de acuerdo con sus cinco principios. Corresponden razonablemente bien a los que yo procuré definir.

En síntesis, los comentaristas dijeron lo que alguien tenía que decir, y lo hicieron bastante mejor que yo. Además, en muchos aspectos también trataron de inclinarse a la izquierda y a la derecha en busca de un consenso práctico. Nos han proporcionado un ámbito de debate que podría resultar más fructífero que aquel en que nos hemos movido durante algunas decenas de años. Todos ellos merecen reconocimiento en ambos lados del Atlántico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berger, P. *The Capitalist Revolution*. Nueva York, Basic Books, 1986.
- Giddens, Anthony. “El futuro del Estado benefactor”. *Estudios Públicos*, 74 (otoño 1999).
- Lloyd, John. “No somos siervos”. *Estudios Públicos*, 74 (otoño 1999).
- Novak, Michael (ed.). *The New Consensus on Family and Welfare*. Lanham, Md.: UPA, Inc. 1987.
- Novak, Michael. *The Spirit of Democratic Capitalism*. Gran Bretaña: IEA Health and Welfare Unit, 1991.
- . “The Constitution of Liberty”. En *Will It Liberate? Questions about Liberation Theology*, segunda edición revisada. Lanham, MD: Madison Books, 1991.
- . “La crisis de la socialdemocracia”. *Estudios Públicos*, 74 (otoño 1999).
- Ormerod, Paul. “Las tradiciones de la socialdemocracia”. *Estudios Públicos*, 74 (otoño 1999).
- Work Experience During Year by Selected Characteristics and Poverty Status in 1996 of Persons 16 Years Old and Over, Estados Unidos, Dirección del Censo. □